

Eduardo Mosches: carencia y querencias

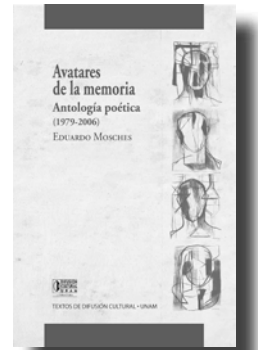
José Ángel Leyva

ES ESTA MUESTRA ANTOLÓGICA de autor un ejercicio de síntesis biográfica e intelectual, donde las experiencias de vida dialogan con las ideas, los sentimientos con las teorías. Si bien en otra ocasión he comentado que el libro más reciente de Eduardo Mosches, *Susurros de la memoria*, fungía como ajuste de cuentas con el pasado, esta compilación depurada de su obra poética lo confirma: hay una actitud y una posición firme ante los hechos, un tamiz recurrente para el yo y el otro, una exigencia de lealtad sin despreciar el cambio, sobre todo aquel que deriva de la demanda, del llamado ético. No obstante, la historia del hombre, de un hombre en particular, es efímera. El tiempo biográfico y biológico transcurre inexorable, y la oportunidad de cambiar los acontecimientos, las decisiones, no vuelve; vendrán otros instantes y nuevas formas. Toda presencia deja un hueco; todo amor, la conciencia de su extrañeza. La carencia es constante, fija, consustancial al pensamiento y al cuerpo, la querencia es una necesidad y una búsqueda intermitentes, pero ambas cambian de formas y de sitio, ambas hallan sus rastros en estas palabras que se reúnen, a manera de testimonio literario, para intercambiar sus significados.

Podría afirmarse, por las fechas con que aparecen los libros consignados en esta antología, que sus poemas pertenecen al inicio de una madurez cronológica, pues cuando aparece su primer poemario, Mosches ya es un hombre de 33 años, la misma edad en la que López Velarde o José Asunción Silva, por mencionar dos casos cercanos, han concluido su obra y su vida. Con certeza, es también un conjunto de libros urdidos con menos vehemencia adolescente y consignas ideológicas, sin perder, desde luego, el ardor político y la noción clara de la injusticia, sin claudicar, sin extravíos en el cinismo y la conveniencia. Quizá por ello el sedimento ético que rezuma este libro se manifieste como una gestualidad de franqueza,



Eduardo Mosches
Avatares de la memoria. Antología poética (1979-2006)
Prólogo de Eduardo Milán
México, UNAM (Textos de Difusión Cultural)
2010, 186 pp.



de sinceridad no complaciente ante el espejo que habrá de responderle interrogante a la belleza simple, al ojo, con la ironía propia del que mira.

Es el recuento y la síntesis de un esfuerzo poético donde el exilio y la asimilación de un nuevo territorio existencial abren la niebla de la historia, atmósferas profundas y externas donde la morada personal y colectiva se reafirma en el lenguaje. La pérdida y la recuperación están en lo más hondo de las tribus de las que Mosches se desprende, en esos signos arquetípicos de una identidad unívoca, parenteral, podría decirse. El conflicto esencial no es la patria de la infancia y adolescencia, ni la residencia de la madurez, sino la búsqueda y la interrogante que determinan esta necesidad de ser. No puede entonces uno pasar por alto el mensaje que despliega el poema que abre estos *Avatares de la memoria*: “Buscando”:

Sus labios me observaban silenciosos
quise leer en ellos
mi presente o mi pasado
buscar entre zarzales la respuesta
pero sólo encontré el viento desnudo
entre las hojas quietas
y a un caracol sordo sin mar.

Lo íntimo y lo social no escapan de lo familiar, de lo genealógico, y allí el dolor es determinante. Pasado, presente y futuro se subordinan a una conjugación de intereses donde lo único que rige es la verdad, la revelación cruda para el reconocimiento, una vez más, de sí mismo y de los otros. “Reconocer” es uno de esos poemas poseídos por dicha energía. Más allá de lo confesional, pulsa una cuerda lírica sincera y sin falsos dramatismos: “estremecimiento renovador” del que nos habla Salvador Elizondo:

Estoy en búsqueda inquieta
de tanta lágrima no vertida
En cierto dedo de algún pie
se encuentra una uña encarnada
Me sigue creciendo el corazón.

Avatares de la memoria es también un compendio de afectos y gratitudes. Numerosos poemas dedicados a viejas y nuevas amistades, a personajes admirados o afines. La nómina poética cruza sus motivos con esas presencias con quienes el poeta mantiene un diálogo y confirma su visión del mundo, el propio y el colectivo. Entre Argentina y México hay muchos viajes, muchos ventiladores que suenan a helicópteros y a hélices en vuelo debajo de la almohada (“La marcha y los círculos”, pág. 123). Pero quizás donde esos *Avatares de la memoria* encuentran su mayor sencillez y claridad sea en poemas como el dedicado a Samuel Gordon, “Las uñas limpias”. Me parece que resume de manera más fiel, más pulcra, siguiendo el calificativo del título, la voz del poeta, su compromiso vital:

Suspiran las rodillas al no rozar
la misma vieja mesa
un pocillo de café
con su olor congelado
memoria
trampa constante de la realidad [...]
El tiempo humano
no es un hoyo negro
por el cual el tiempo
se detiene. [...]
nuestras uñas ya no huelen a tierra
sólo nos quedamos
observando
los dedos limpios. ■